

Accésit
Premio
Alfaguara
1971

Angel Palomino

TORRE
MOLINOS
GRAN
HOTEL

Torremolinos Gran Hotel es el nombre de un hotel de superlujos; uno de los siete únicos hoteles que en España han merecido esta calificación superior a 5 estrellas. Un hotel con seiscientos clientes, más de trescientos empleados y un consejo de administración.

Un mundo lleno de sorpresas, de sucesos, de personajes singulares, vulgares, metidos unos —el financiero, la sueca bellísima, el racista, el príncipe, el cardíaco, el artista de cine— entre el paréntesis de unas vacaciones de millonario; otros —el director, la gobernanta, el botones, el vigilante de noche, el médico, el chef— en el torbellino de un trabajo apasionante, enemigo de la rutina, absorbente, lleno de sucesos —el cliente que se está muriendo, el estafador, el donjuán que casi provoca un conflicto internacional, los príncipes que firman un tratado, la fiesta de gran gala— en un acontecer diario lleno de imposibles que dejan de serlo, que se realizan a toda costa porque en un hotel nadie puede darse por vencido.

Cinco Estrellas. Categoría, Super Lujo. 300 habitaciones, todas con terraza, T. V. y aire acondicionado.

El más selecto Gran Hotel en la maravillosa Costa del Sol.
Situado en el excitante mundo de Torremolinos.

Five Stars. Super Luxury Class 300 Rooms, all with terrace, T. V., fully air conditioned.

The most exclusive Gran Hotel in the marvellous Spanish Sunny Coast.

Centered in the exciting world of Torremolinos.

Cinq Etoiles. Super Luxe. 300 chambres, toutes avec terraces, T. V. et air conditionné.

Le plus select Gran Hôtel de la merveilleuse Côte du Soleil Espagnole.

Situé dans le monde étincelant de Torremolinos.

Tiene porte de trasatlántico gigantesco con la proa avanzada sobre la playa. El hotel está como anclado y dormido en noche de gran gala, quieto y radiante, con sus trescientas terracitas iluminadas y sus iluminados jardines, con la piscina esmeralda, diáfana, agitada apenas por un rumor de espuma que tiembla alrededor del trampolín en dócil cascada de agua y luz. Del lado del mar, casi a plomo sobre las olas, deslumbrante, la fachada de cristal del comedor inmenso. En lo alto, a uno y otro lado, netas, estrictas, como recortadas en el negativo de la noche, las letras versales, romanas: TORREMOLINOS GRAN HOTEL.

La carretera general Cádiz-Málaga es, entre Torremolinos y Fuengirola, una avenida; y tiene nombre de avenida: en la zona de Montemar, «Avenida de Doña Carlota Alessandre»; en la zona de Torre Bermeja, «Avenida de Doña Carlota Tettamanzy de Salamanca». Es casualidad; con el tiempo, puede que llegue a llamarse «Avenida de las dos Carlotas», pero ahora no, porque ambas damas están vivas y en activo, y porque, aunque unidas sin solución de continuidad, las avenidas pertenecen a municipios diferentes.

Cientos de coches medio locos van todos ahí al lado; matrículas de la Europa desarrollada, algunas de la Europa en vías de desarrollo y muchas de los países norteafricanos que ni están en vías de desarrollo ni parecen muy decididos a estarlo, pero que, justamente por eso, lanzan al mercado del ocio y a la aventura de la especulación cantidades increíbles de dinero birlado, de dinero que se niega al remedio de hambres y desdichas indígenas; que sale por la puerta falsa de los ministerios de opereta, de las prefectu-

ras semiguerrilleras o de los reductos roqueros de un feudalismo que no destierra ni Alá.

El «Torremolinos Gran Hotel» no es uno más entre los grandes edificios de la zona. Destaca entre los que lo rodean porque está tocado de una gracia que surge raramente en los conjuntos urbanos de formación acelerada: la rúbrica de un arquitecto caro, idealista y autoritario. Desde la carretera, parece dormido con las luces encendidas; con tantísimas luces encendidas. Son las once de la noche. Pese a las apariencias, el coloso no duerme: en el comedor cenan ciento ochenta clientes. Manuel Recio, el primer maître, entra en la cocina, guiña un ojo al jefe y le dice un número: seiscientos doce. Son las cenas servidas en dos horas y media.

En Recepción, Miguel Ríus atiende a la tripulación de un DC-8, dos pilotos, un mecánico, un radiotelegrafista, dos azafatas y dos auxiliares de vuelo que llegan, hechos polvo, de Nueva York.

En la barra del Bar Americano se emborrachan sin aspavientos tres ingleses y una señora alemana que se ha divorciado anteayer en Hamburgo. Cuatro españoles se emborrachan con su poquito de jolgorio, pero sin molestar a nadie. Dos americanos lo hacen procurando molestar lo más que pueden. Es a las once en punto cuando uno de ellos llama «pequeño bastardo» a Pepe, ayudante de barman, y serán las once y unos segundos cuando Solana, el primer barman, se acercará a ellos con una sonrisa dura e irreprochable —«pardon, sir»— para decirles que Pepe no es un pequeño bastardo, sino un respetable trabajador español: o le presentan excusas o tendrá que llamar al abogado de Pepe. Los americanos empezarán a tratar a Pepe con gran consideración y con afectuosas expresiones de amistad y aprecio.

En la «Parrilla El Torito», la señorita María Rosillo, «Maruja Rocío», se esfuerza en aparentar el éxtasis flamenco mientras sus tacones —tacatá, tacatá, tacatacatatacatatá, ta

— destrozan una soleá que canta Paco «el de la Encañizá», bajito, peludo y feo, que aprendió las soleares en un disco de Manolo Caracol y no les ha cogido el aire ni falta que hace porque sólo hay catorce clientes y son de Inglaterra y del Benelux y lo mismo les da.

En «La Discoteque», Mónica, gogó-girl, dale que le das a «Sugar-sugar», aunque no se entera porque a ella la píldora le sienta como un tiro.

—Las caderas, los brazos, el pelo, la rabadilla, todo hay que moverlo y tengo un dolor de cabeza que no me lamo.

Doce parejas jóvenes se mueven con más frenesí que Mónica, y cuatro matrimonios maduros bailan con pasos clásicos, recortados, geométricos, aprendidos en un curso por correspondencia de la «Dance Star Academy of Chicago».

Duermen a las once en punto ochenta y tres clientes. Noventa y dos están entregados a la liturgia preparatoria del sueño; el ceremonial varía: unos, los menos, se dejan caer en la cama vestidos y ya está; otros, tienen hábitos más complicados: dormir en cueros —que es bastante incómodo si no se está habituado—, hacer gimnasia hipnótica, rezar de rodillas, beberse un vaso de leche o mirar debajo de la cama a ver si hay un ladrón. En lo que más coinciden es en la costumbre del comprimido; de los noventa y dos, cincuenta y uno han tomado o van a tomarse un somnífero.

Treinta y seis toman el aire en sus terrazas privadas. Cuatro se han dejado la puerta abierta y las luces encendidas. De madrugada llamarán a la camarera o a la telefonista —alguno pedirá hablar con el director— para quejarse de que un mosquito no les deja dormir.

—Lo lamento, señor, los mosquitos no son del hotel; apague la luz y cierre la puerta de la terraza. Ahora mismo le será facilitado un insecticida; utilícelo con prudencia.

En la Sala de Máquinas, Ramiro García, calefactor, anota la temperatura de retorno del agua de la refrigeración: ocho grados. El compresor —ciento cincuenta C. V.— la

pondrá a un grado. Pedro Cerezo, electricista, observa de reojo, en el gran tablero de mandos, un amperímetro. La bomba número 3 tiene fallos; la aguja se abate, de vez en cuando, casi a cero. Con que aguante unos minutos —son las once en punto— él podrá irse sin decirle nada del amperímetro a su paisano Simón Gambero, que vendrá a relevarlo.

—Ya tenía que estar aquí, maldita sea su estampa, y que él se las entienda con la bomba que tiene la alcachofa sucia, como si lo estuviese viendo, y hay que pararla y meterse en barro hasta las orejas y limpiarla... ¡Su madre, cómo tarda este tío! Oye, Ramiro, me voy, que pierdo el autobús.

—Yo no quiero saber nada. Si te la quieres jugar, a mí no me preguntes.

Matías Carmona, mozo de economato, clasifica botellas vacías. Hay más de mil.

—Esta aquí, esta allí; esta tiene un culito, Gran Reserva 1939, este me lo bebo yo.

Manolo, bodeguero, corre como un loco del cestón del pan al armario frío de los vinos, al estante de la fruta, al de los quesos.

—A este gruyere hay que hacerle la cara; se pierde más que lo que se comen, y ahora un «Chivas» y estos tíos que no se cansan de pedir sodas, cinco cajas en media hora, y tú ahí sentado, chupatintas, tan tranquilo controlando vales porque eres secretario de economato y no das golpe más que con el bolígrafo. Ya me podías echar una mano, apunta una caja de suepes para la boite que no traen vale.

Andrés Salado, secretario de economato, apunta «1 caja sueps sin v. Boit.» porque no quiere líos. Su obligación es exigir el vale, pero entonces, Solana, el jefe de bares, le arma la bronca por poner pegas.

—Oye, no te olvides, el vale en seguida, que vosotros tenéis mucha cara... Luego dicen que les ponemos pegas...

Raimundo Martínez, camarero, camina de costadillo por el largo corredor de la zona de servicios. Llega al montacargas I de equipajes, sube al tercer piso. Allí está Matilde, camarera, dieciocho años, melenita graciosa, minifalda, suéter muy ceñido, inocencia y amor en los ojos. Está vestida de calle, para irse. Raimundo la mira extasiado; ella sonríe. Raimundo, sin salir del montacargas, dice a Matilde que está muy rica y pone en sus manos medio pollo asado y tres medallones de langosta. Raimundo regresa por la vertical; ha estado con su amada solamente quince segundos. Ella no emplea más tiempo en colocar su alijo de pollo y langosta en un inverosímil escondite bajo la minifalda. Raimundo sale del montacargas, sigue el corredor; al llegar a la altura de los aseos hace como que se abrocha el pantalón porque ve venir a Corell, el segundo maître, que le mira severo, como reprochándole haber abandonado el trabajo y no ser capaz de dominar una necesidad fisiológica. Pero no es eso:

—Vuelva a los lavabos, cochino. Después de andarse en la bragueta hay que lavarse las manos.

Raimundo —«sí señor, sí señor»— entra en los lavabos, se mira en el espejo, sonríe satisfecho de sí y se lava las manos. Y la conciencia, porque sale muy tranquilo.

En la puerta de servicio, Gaspar Quílez, vigilante de control, sale de su cabina encristalada y obliga a Puri Laredo, camarera, a abrir el bolso antes de cruzar la puerta. Puri sabe que está obligada a hacerlo y lo hace siempre, pero hoy el cuerpo le pide gresca. Abre el bolso, mira despectivamente a Quílez y le dice que parece que el hotel es suyo, que ella no se lleva nada y que, después de todo, a ella Quílez le da mucha lástima, pobre viejo, por tener que hacer un oficio tan bajo; y que el día que revienten todos los chivatos será un gran día. Quílez calla porque ya no es guardia civil pero lo ha sido y piensa que algún día pillarán a esa pendeja mala lengua y entonces va a ver lo que es canela.

Pedro «el Santo», marmitón porque quiere, que es seminarista y trabaja en un oficio humilde para encarnarse en la sociedad, en el mundo de hoy, le dice a Quílez que no haga caso, que lo que pasa es que a la gente se le avinagran los ánimos con la fatiga y que, en el fondo, esa chica es más buena que el pan. El vigilante le mira irónico, amargo.

—No seas tan buenecito; no te metas en lo que no te importa y déjame tranquilo que una cosa es trabajar por deporte para luego darte buena vida de cura y otra es estar nueve horas metido en esta garita aguantando cornadas de arriba y de abajo. Yo no quiero ser santo ¿te enteras?

Un taxista pide comisión al conserje:

—¿Hay algo para mí? He traído a esos dos turistas. Los cogí en el aeropuerto.

—Este hotel no da comisiones a los taxistas. Además, esos señores vienen dirigidos aquí desde Lincoln, Nebraska; traen un bono de «American Express», conque ya ve usted.

Otro taxista —agradecido que es el hombre— le da una comisión al conserje porque le ha llamado para llevar a unos clientes al aeropuerto.

—Correcto —dice el conserje—. Y echa el dinero, sin darle importancia, en un cajón.

Todo esto a las once. A las once en punto. El coloso no está dormido, no: miles de kilovatios, ríos de agua, arroyos de fuel-oil, cientos de criaturas bullen entre sus fachadas nobles de piedra labrada. Y dinero: la gran máquina contable recoge datos de las pequeñas máquinas de cada departamento, los clasifica, los agrupa, los distribuye; en aquel momento muestra una cifra anticipada de facturación: quinientas sesenta y tres mil pesetas. Y aún queda el rabo por desollar. Cuando a las seis de la mañana el «maircourantier» Alfredo Canalejo cierre las cuentas del día, el total definitivo será de setecientos ochenta y seis mil cuatrocientas dieciséis, si las diferentes cuentas cuadran. Que tienen que cuadrar, pobre de él si no.

A las once en punto ni empieza ni termina el día. En el hotel, el día nunca empieza, nunca termina. A las once en punto madame Rochele termina de pintarse los labios. Para ella, amanece: ha estado durmiendo todo el día y ahora se va con su marido a Torremolinos, a un «flamenco-show». A las once en punto cuatro autocares diáfanos, refrigerados, enfilan la recta que conduce al hotel. Van llenos de gente adormilada y dichosa; ciento sesenta invitados de «Chrysler Air-Temp» que están celebrando en España su éxito como vendedores de aparatos domésticos de aire acondicionado. Regresan de una excursión a Granada; vienen derrengados, pero no se irán a dormir; el bar, la parrilla, la discoteca y los salones van a recibir la invasión de los mejores de «Chrysler Air-Temp» portadores de una sed infinita y de un rollo de dólares en el bolsillo del pantalón; y con una obligación que cumplir a toda costa: divertirse hasta el agotamiento.

Desde la carretera general, apenas si algo de esto se nota. Don Carlos Moraleda, propietario del hotel «Estrella del Pacífico», pasa en su coche, mira de reojo y pregunta a su mujer si se ha dado cuenta de lo desanimado que está el «Torremolinos».

—No sé para qué tendrán tantas luces encendidas.

El hotel de don Carlos es de tres estrellas, tiene cincuenta habitaciones y una clientela muy fiel de jubilados británicos que encuentran natural y hasta conveniente el que la iluminación exterior se extinga a las diez de la noche y el «Estrella del Pacífico» se convierta en una especie de museo cerrado fuera de las horas de visita. Cada vez que don Carlos ve elevarse en la Costa la estructura de un nuevo hotel piensa que el mundo está lleno de locos que no saben a donde van; cree firmemente que les espera un desastre financiero y se alegra en el alma cuando desde su coche ve los aparcamientos casi vacíos que le permiten imaginar una ruinoso escasez de clientes.

A las once en punto, don Arturo Díaz Perea, cliente importante, se acerca a Recepción. Es el presidente de «Díaz

Perea S. A.», «Dipersa», sociedad anónima creada para tomarle el pelo legalmente al Ministerio de Hacienda. Con «Dipersa», la compra-venta de solares que Arturo adquiere en sus momentos de inspiración, se transforma en compra-venta de acciones. Vender acciones resulta mucho más barato, ante el Gran Hermano Fiscal, que vender metros cuadrados de solar. Arturo está esperando a su mujer; haciendo tiempo.

El director del hotel, Luis Recalte, descuelga uno de los tres teléfonos de su despacho. Llama Sofía, su mujer; le espera para cenar. Luis Recalte contesta brevemente; está ocupado, aún tardará unos minutos. Sofía no insiste ni pide explicaciones; sabe que cuando su marido responde lacónico es porque está con alguien que le preocupa.

Y no se equivoca; Rosario, la gobernanta general, está llorando al otro lado de la mesa.

—Vamos, deje de llorar. Ya sabe que no quiero caras tristes. En este hotel están prohibidas las malas caras... ¿Se ha dado usted cuenta de que son las once?

—Sí, señor.



—La señorita no es sueca, es inglesa, señor. No recuerdo cómo se llama, lo siento, señor.

El recepcionista sonrío a don Arturo. No mucho; lo suficiente para evitar malas caras, la suya en primer lugar —están prohibidas las malas caras— y la del cliente. Al director no le gustan: «No quiero ver malas caras en los clientes porque cuando se enfadan echan la culpa al hotel por este orden: el hotel en general, la dirección, la cocina, un camarero, una camarera, un recepcionista, un conserje, un botones, el portero». Según estudios estadísticos muy dignos de crédito, a partir del portero existe una auténtica igualdad de oportunidades para todo el personal.

Don Arturo Díaz Perea desea insistir en sus preguntas porque él ha ido a Torremolinos, entre otras cosas, a ver qué es eso de las suecas, pero el recepcionista ha cogido una carpeta grande, forrada de piel, y finge estar ocupadísimo en algo importante.

Don Arturo se desplaza un par de metros a la izquierda, al mostrador de Conserjería. El primer conserje, Epifanio Salaverri, se ha quedado solo a las once en punto. Está pesando cartas y pegando sellos con una mano. Con la otra atiende a los clientes. Atender a los clientes con una mano es algo que un conserje hace cientos de veces al día.

—Doscientos nueve, por favor.

La mano izquierda del conserje se desplaza hacia el llavero, coge la llave —sin mirar— y la entrega. A veces, un mal cálculo de la distancia, una distracción, hace surgir la llave inesperada.

—Le he pedido la doscientos nueve.

—Perdón, señor.

La mano izquierda recupera la llave equivocada y la pone en su sitio. La mano izquierda se siente avergonzada, insegura; los ojos del conserje la ayudan por uña vez. La mano izquierda coge la llave de la doscientos nueve y se la entrega al cliente mientras la derecha franquea con ocho pesetas una carta que mañana mismo aterrizará en Nueva York.

La sonrisa de Arturo Díaz es paciente, azucarada y mendicante. Sonrisa humilde y corta, de pedir un favor. Arturo saca su pitillera de cocodrilo mientras Epifanio Salaverri entrega llaves, recoge llaves, franquea cartas.

—¿Un pitillo?

—Gracias, señor, no puedo aceptarlo. ¿Desea alguna cosa, señor?

Arturo desea alguna cosa, pero, después de su experiencia con el recepcionista, decide no soltarlo de sopetón. Saca un habano largo, ostentoso, y se lo tiende al conserje.

—Un puro sí me lo puede aceptar. Guárdelo para después.

—Muchas gracias, don Arturo —hasta ese momento Salaverri no se ha fijado en el rostro del caballero insignificante que le ofrecía un cigarrillo porque aún no sabe andar por los grandes hoteles. Salaverri se aprende, siempre que puede, los nombres de los clientes. Don Arturo sólo lleva una hora en el hotel, pero el primer conserje se ha aprendido el nombre, lo considera una obligación. Cada noche estudia la lista de llegadas del día siguiente. Los grupos no; los clientes de grupo no tienen nombre. Los individuales sí; sobre todo los recomendados.

No es que la llegada de don Arturo Díaz Perea, presidente de «Dipersa», haya tenido carácter de acontecimiento. Cuando detuvo bajo la airosa marquesina de entrada su «Mercedes coupé 280» ni el portero ni los recepcionistas ni los conserjes ni los clientes que entraban o salían vieron en ello nada del otro jueves: un «Mercedes», un señor mayor, vestido juvenilmente, y una señora más joven que el señor pero, también, señora mayor.

Cuando se identificó en Recepción, la llegada alcanzó un tono ligeramente más importante. Porque en el libro de reservas, la suya estaba anotada con más cuidado que otras, escrita en rojo, y al lado del nombre destacaban las tres letras mágicas con las que el código internacional hotelero distingue a la gente de campanillas: V. I. P.

En un hotel como el «Torremolinos» la cortesía y la atención son como el pan y el aire; no se advierten ni sorprenden ni se echan de menos ni se alaban ni se exigen; forman parte de su atmósfera mágica. Hay hoteles en los que el lujo está sometido a los límites justos, rapados, exigidos por la reglamentación oficial, pero el «Torremolinos» supera con mucho los haremos oficiales; es uno de los siete que en España gozan de calificación especial creada por ellos: «Superlujo». Suena un poco a electrodoméstico caro y a cigarrillo extralargo, pero responde a esa idea de atmósfera maravillosa, de palacio en el que a cada huésped se le provee, al entrar, de una lámpara de Aladino eficaz y prodigio-

sa siempre, pero mucho más cuando el que llega es un V. I. P.

El V. I. P. es recibido con sonrisas especiales y reverencias más acentuadas; su paso hasta la habitación es como una pequeña marcha triunfal; órdenes de «agradar a toda costa» llegan a cada departamento. El superlujo es superrefinamiento para el V. I. P., aunque sin exageraciones, que bastante lujo es el superlujo y descortesía la pirotecnia servil. El V. I. P. ignora muchas veces que lo es —que en ese hotel saben que lo es— y el día de su partida marcha entusiasmado, agradecido y, casi siempre, repartiendo deslumbrantes propinas. Exactamente, lo que esperan de don Arturo Díaz Perea los empleados del «Torremolinos».

Porque no lo conocen.

Epifanio Salaverri toma el habano que le ofrece Arturo.

—¡Muchas gracias! —repite las gracias con énfasis. Ahora, todo él es una sonrisa porque ha advertido que el puro lleva, como faja adicional, un billete de cien pesetas.

La sonrisa de Arturo también empieza a ser diferente. Ya no es mendicante, sino, por el contrario, patricia, dominante y algo traviesa, como corresponde al presidente de «Dispersa», al socio de don Narciso Tordesillas, consejero de «Hipotusa», sociedad propietaria del hotel.

—Esa señorita... Yo creía que era sueca.

Arturo quisiera que la señorita fuese sueca. No por nada; él no habla sueco. Pero como tampoco habla inglés ni danés ni alemán —sólo un poquito de francés aprendido con una profesora particular— lo del idioma no le preocupa. Quisiera que la señorita fuese sueca —y aun espera del conserje una suerte de milagro que la haga sueca— porque con las suecas, ya se sabe.

Pero un conserje —aunque sea del «Torremolinos Gran Hotel»— es incapaz de transformar en sueca a una inglesa por muy buena voluntad y deseos de agradar que le animen. Ni siquiera en obsequio del señor Díaz Perea, cliente recomendado, V. I. P. y socio de un consejero de Hipotusa.

—No, señor, no es sueca, es inglesa. Miss Sara Lithwood.

Arturo la contempla sin disimulo. Ella no se entera. Es joven, es rubia, claro está, como son rubias las suecas. A su cuerpo no le sobra un gramo por ningún sitio; es todo curvas suaves, sin un pliegue, sin una imperfección a pesar de la postura. Miss Sara Lithwood está armoniosamente ajustada, engastada, en un sillón. Tiene las piernas recogidas sobre el asiento, la falda apenas cubre unos centímetros de su piel dorada y tersa. La blusita, anudada por encima del ombligo, no tiene botones, se adapta de milagro, la mitad a un lado, la mitad a otro y en medio nada. Sara lee una novela y quizá sabe que es una tentación, que ella y su postura y su blusita y su piel dorada son una tentación. O lo ignora porque Sara es, quizás, inocente. Eso no se sabe: los niños pasan a su lado sin mirarla. Pero los niños tienen la mirada de cristal.

—Suecas no hay en este hotel, señor. Ya no vienen los suecos ricos; ahora sólo puede usted encontrarlos en los hoteles baratos y en los apartamentos.

—¿Está sola?

Epifanio Salaverri adivina por dónde van los tiros.

—¿Usted conoce bien Torremolinos, señor?

—Bien, no.

Ni bien ni mal. Nunca ha estado en Torremolinos. Se ha resistido durante años. El veraneo en el Norte: San Sebastián de los madrileños. Pero, al fin, ha cedido al atractivo de los grandes hoteles y al mito de las suecas.

—Bueno, pues ya verá usted suecas por ahí, ya verá. Pero más, inglesas y alemanas. Mucho holandés también.

Miss Sara Lithwood cambia de postura. Al hacerlo, mira hacia Arturo y sonríe. No a Arturo, sino al conserje, pero Arturo se apunta la sonrisa como un trofeo de caza.

Sara lee otra vez, impassible en su nueva figura de la que más vale no hablar porque es para vista; describirla resultaría casi pornográfico y ella no intenta serlo. A Sara le impor-